

DE PROFESIÓN SUS LABORES

Salvo el monarca, que hace de la *res pública* un oficio permanente, ¿deben los políticos vivir de la política, hacer de ésta una profesión? ¿O acaso, como las aves migratorias, deben estar de paso? Conocida es la historia de aquel veterano romano que fue llamado – no se confunda con el sentido actual- para ocupar la dictadura durante seis meses. Una vez cumplido su deber hacia la patria volvió a labrar sus campos. Y en la Grecia antigua – bastante alejada de la moderna – muchos de los cargos públicos eran elegidos por sorteo para un cierto tiempo. Claro está que en esa lotería todas las bolas deben tener el mismo peso. ¿Y todos los ciudadanos tienen las mismas dotes de gobierno? ¿Vale igual Pericles que cualquier artesano? Evidentemente no, y de aquí que las asambleas decidiesen aquellos puestos donde el azar ciego se diese de bruces con la realidad. En una guerra se elige siempre al mejor general, la dirección de la nave del Estado se encomienda al mejor estadista. Ahora bien, si se pierde la guerra ante unos cuantos pastores provistos de palos, o bien la nave encalla en cuatro rocas, la falta de pericia de los dirigentes les hace responsables del fracaso. De la misma manera que no se contrata a un electricista incompetente tampoco se debería votar al político inútil cuyo único mérito es ser “cuñado de” o un estiralevitas del jefe de la bandería. Pero, si se funde la bombilla, no se eche la culpa a ésta sino a quien escoge siempre el mismo electricista. Tal vez por ser un cuñado.

Pablo Galindo Arlés

8 de enero de 2021